

que éste debía aumentar creando otras mayores, y (digámoslo así) entre dos tempestades: como si la Iglesia, aprovechando un momento de tregua, hubiese hecho un supremo esfuerzo para preparar todos los consuelos y todos los socorros que eran necesarios á los tiempos que se iban á suceder.

La Carmelita apareció la primera en el año de 1604, procedente de España, donde había adquirido nueva vida al soplo ardiente de la gran Doctora Santa Teresa, y fué acogida con entusiasmo. Esta mezcla de contemplación, penitencia y amor, ha embelesado siempre á los pueblos; y el siglo XVII estaba aún muy penetrado de las ideas de la fe, para no comprender tan hermosa sublimidad. Por otra parte, el Carmelo correspondía perfectamente á las ideas y costumbres austeras, tan profundas aún y tan vivas en los primeros años del gran siglo, en el que salieron, junto con la reforma de las Ordenes antiguas, el Abad de Rancé y la Trapa, que habiendo sido primero la gloria de esta época, vino después á ser peligrosa cuando el Jansenismo trató de cubrirse con ella para turbar á la Iglesia. Añadiré, además, que la voluptuosidad de Luis XIV, la corrupción y los escándalos de su corte, llegaron muy pronto á inquietar los mejores espíritus, y hacerlos desear justas expiaciones. Todo esto proporcionó al Carmelo la más brillante propagación. Aún no había traspasado los Pirineos, cuando toda la Iglesia de Francia, según expresión de Fenelón, suspiraba por él (1); y en cuanto apareció se vió correr á su seno á una multitud de almas austeras, ardientes, ansiosas de mortificaciones corporales, celosas de poner alguna parte de su sangre en la balanza en que debían pesarse los destinos de su siglo, víctimas consumidas por el amor penitente; holocaustos que no han cesado de quemarse delante de Dios, y que

(1) Fenelón, sermón para la fiesta de Santa Teresa.

hoy mismo, después de Voltaire y la Regencia, y de la revolución francesa, son más numerosos que nunca.

La Visitación nació la segunda en 1610. Era remedio para otras necesidades, y satisfacía otras inclinaciones. No sólo hay en el mundo almas ardientes, las hay dulces; y las mismas que son ardientes, no están siempre unidas á cuerpos robustos, por lo cual en el siglo XVII, y aun después, personas generosas y capaces de los mayores sacrificios, que deseaban dejar el mundo, no sabían dónde refugiarse: unas, porque no se sentían atraídas á las grandes austeridades que generalmente se practican en el claustro; otras, porque sintiéndose inclinadas á la mortificación exterior, no tenían fuerzas corporales para practicarla, asemejándose unas y otras á tiernas palomas volando alrededor del arca sin poder entrar en ella. Fundando para estas almas un Instituto que, por no ser austero, les conviniese acomodándose á su debilidad física, y por otra parte juntase la contemplación amorosa y la interior y constante mortificación del espíritu, San Francisco de Sales y Santa Juana Francisca Fremiot crearon un tipo nuevo, desconocido en los siglos antecedentes, y cuya belleza embelesó al siglo XVII. A la faz de un cristianismo estrecho, penoso, y muy pronto repugnante ó imposible, cual quería hacerlo el Jansenismo, se presenta la Visitación con su amable heroísmo, y seduce á millares de almas. «¿Sabéis—escribía San Francisco de Sales en 1619 á su Santa cooperadora—que varios siervos de Dios me han dicho que la dulzura de nuestro Instituto agradaba de tal modo al carácter francés, que ibais á quitar la estima á las otras casas religiosas, y que viendo á la Baronesa de Chantal no habría nadie que quisiese ir á otra parte?» Esto era, sin duda, un temor exagerado, porque cada Orden religiosa tendrá siempre un invencible atractivo para las almas destinadas por la Providencia á formar parte de su familia; pero en estas sen-

cillas palabras se ve la acogida que se hizo á la Visitación. Como todas las cosas divinas, este dulce Instituto aparecía en el tiempo prefijado, y encontraba multitud de almas que le estaban esperando. En algunos años contaba la Francia cien monasterios de la Visitación; y al lado de esta rápida propagación ¡qué amable y feliz influencia! estos cien monasterios, cuyo número se duplica después, irradian, por decirlo así, la suavidad á su alrededor. ¿Y en qué época? En la misma en que la salud general se ve descaecer, y en que la piedad siente la necesidad de ganar en recogimiento, en vida interior, en unión íntima con Dios, lo que pierde en austeridad; secreto admirable que posee la Visitación, que revela al mundo, y que acaba de explicar su providencial aparición en los primeros años del siglo XVII, siendo como la aurora de los días adversos.

La Hija de la Caridad nació la última, en 1634, y no consultando más que las ideas modernas, hubiera debido ser acogida con mayor aplauso que las otras dos; pero no fué así. El siglo XVII, en este primer período de un cristianismo tan elevado y tan puro, nada estimaba tanto como la penitencia y la oración, reservando para el claustro todo su entusiasmo. Por otra parte, esta idea de religiosas sin rejas y sin clausura, consagrándose, no al alivio de los pobres en los hospitales, lo que siempre se había visto, sino á visitarlos y cuidarlos en sus casas; esta idea que nos parece tan sencilla, tan hermosa, tan útil, y sobre todo tan francesa, pareció entonces, como en realidad es, tan heroica y tan nueva sobre todo, que admiraba á unos y alarmaba á otros, faltando poco para que no sucumbiese bajo las objeciones que se le hacían. Los siglos posteriores, para los cuales aparecía este nuevo tipo, eran los que debían hacerle brillar con todo su esplendor, revelando toda su hermosura. Se acercaba el tiempo en que no se comprendería la oración ni la penitencia, en que

sólo se amarían las cosas de la tierra, apreciando mil veces más los cuidados y servicios hechos al cuerpo que los prestados al alma, por más importantes que estos sean; y en que la Religión, desconocida en sus beneficios más preciosos, tendría necesidad de una nueva señal para hacerse reconocer y adorar. Pues bien, la Hija de la Caridad era esta señal. Y como los siglos más ansiosos de goces materiales son también los más fecundos en catástrofes, en lágrimas y dolores, ¿qué otra señal sería más oportuna y mejor elegida? Cuando en medio de nuestras calles y plazas públicas, en la guardilla del artesano y en los campos de batalla se ve aparecer el blanco tocado de la Hermana de la Caridad, con su mirada pura y franca, y con sus manos benéficas y delicadas, ¡ah! hasta el más impío se siente conmovido; y el corazón que no sabe comprender la Visitación ni el Carmelo, comprende bien á la humilde Hija del benéfico Paúl, que cura las llagas del pobre, consuela sus penas, calma sus dolores, enjuga sus lágrimas y, convertida en madre tierna, sin dejar de ser virgen, recoge y mantiene sus hijos.

Así proporciona Dios los socorros á las miserias todas. Así del corazón de la Iglesia, de su seno desgarrado, pero inagotable, salen, en cada crisis de la humanidad doliente, las instituciones más hermosas y más oportunas para las necesidades de las almas y los peligros de la sociedad.

Si alguno que no conociese la historia y si el carácter de nuestra Santa Juana Francisca se viese encargado de manifestar de cuál de estas tres familias religiosas era Madre y Fundadora, seguramente no nombraría la Visitación: un Instituto tan dulce no parecía conveniente á esta naturaleza ardiente y varonil. Así es que la Santa sólo á lo último pensó en él. Su primera idea fué el Carmelo, porque gustaba de la clausura completa, de las más austeras penitencias y de la per-

petua contemplación. Obligada á renunciar á este proyecto, porque Dios, que tenía sobre ella otros designios, la suscitó obstáculos invencibles, volvió sus ojos á las Hijas de la Caridad. Ya que no se la concedían las austeridades del Carmelo, era menester por lo menos que se alimentase con la abnegación y fatigas del servicio de los pobres. Y como aún no existía la Hija de la Caridad, la creó por sí misma en 1610, veintitrés años antes que San Vicente de Paúl, y fué, con toda la fuerza de la expresión, la primera Hija de la Caridad. De aquí viene el nombre de Visitación dado á su Instituto, porque su fin principal era *visitar* á los enfermos; y aunque la clausura, que al fin se les impuso, le haya quitado este ejercicio, no ha perdido este nombre. Pero de repente, y empezada ya la obra, una fuerza invisible detiene á la Madre Chantal, la obliga, á pesar suyo, á poner otra vez la clausura abandonada y renunciar al servicio de los pobres y la visita de los enfermos, no conservando de su primer plan sino el sacrificio interior unido á la contemplación. Y así es como el tipo nuevo de la Visitación nace, por efecto de esta acción misteriosa de Dios, sin los hombres, y aun á pesar suyo; porque esta acción divina no se muestra en ninguna parte de un modo mejor que en la fundación de las Ordenes religiosas. Como su Santo director, y aún mejor que él, porque resistió más, podía decir Santa Juana Francisca: *No se por qué se me llama Fundadora, porque nada se ha hecho de lo que yo quería, y sí lo que no quería.*

¿Por qué la Santa, que en el siglo XVII tiene por carácter distintivo la fortaleza, es precisamente la elegida para fundar el Instituto que se distingue de los demás por la dulzura, que forma su fisonomía característica? ¿Cómo la llevó Dios á la fuerza, digámoslo así, y á pesar suyo á emprender esta grande obra? ¿Por qué medios preparó su espíritu, su corazón y aun su cuerpo para un designio que parecía no convenirla de modo

ninguno? Esto es lo que vamos á ver en esta obra, y lo que nos hará admirar la profundidad, sabiduría y ternura con que Dios abre camino para las obras que inspira.

De cuantos medios empleó la Providencia en orden á la Madre Chantal para ponerla á la cabeza de una Orden de que debía ser Fundadora, el primero y principal fué el encuentro que tuvo en Dijón con el Santo Obispo de Ginebra, y la pura y santa amistad con que Dios unió sus corazones, para que diesen principio á una empresa que tanta gloria había de darle. Esta mujer varonil tenía necesidad de ser ayudada para emprender y llevar á cabo una obra que correspondía tan poco á su carácter, y Dios le da al efecto al más dulce y amable de todos los Santos. Así unidos fundan los dos este humilde Instituto (como gustaban llamarle), trazan entre los dos las grandes líneas de este edificio, y no olvidan los menores detalles. Juntos también atraen infinitas almas, y las modelan á imagen suya: amables y fuertes, magnánimas y humildes, puras y alegres, tocando apenas la tierra con la planta de los pies, y casi celestiales por sus aspiraciones y santos ardores. ¡Dulce cuadro el del origen de la Visitación! ¡Fecundos años en que este bello Instituto nacía al soplo de los Santos! ¡Ah! yo emprenderé retrataros; y si Dios se digna guiar mi pluma, nos recordaréis hermosos días y nos haréis amar la virtud.

III

Tal vez algunos de nuestros lectores sentirán que la Santa Madre de Chantal haya fundado una Orden claustral, y muchos imaginarán, sin duda, que hubiera hecho servicios más laudables si hubiera consagrado su Instituto al alivio de las humanas miserias, como lo pensó largo tiempo; pero este juicio nace de la ignorancia en que se vive hoy día respecto á lo que es una Orden

claustral, y lo que vale para la salvación de las almas y bien de la sociedad la oración unida al sacrificio.

¿Qué sería del mundo, abandonado á tantas pasiones, entristecido con tantas desventuras, si sólo se procurase aliviar estas desgracias y aun calmar estas pasiones; si mientras que los hombres hacen llegar hasta Dios el ruido de sus impiedades, de sus locos amores y audaces blasfemias, los labios puros y benditos de las vírgenes no elevasen al cielo sus plegarias, implorando la misericordia divina y desarmando su justa cólera?

¿Qué hubiera sido del mundo, particularmente en el siglo XVII, que en medio de grandes virtudes se dejó llevar de pasiones tan desenfrenadas? ¿Se hubiese podido creer que resistiría á tantas causas de disolución, y que acabaría tan majestuosamente su curso, sin aquella multitud de claustros, de donde se elevaba día y noche una oración tan pura y poderosa? Ni Bossuet ni Fenelón lo pensaban; para conjurar la tempestad que á lo lejos resonaba, recurrían sin cesar á las penitencias del Carmelo y á los gemidos de la Visitación (1).

Y en los tiempos anteriores, cuando el decrepito imperio romano se hundía más con el peso de sus crímenes que bajo el de los bárbaros que le invadían, ¿quién le sostuvo durante siglos enteros sobre el borde del abismo? San Gregorio el Grande lo atribuía á las oraciones de tres mil vírgenes que Roma había acogido, procedentes de los monasterios arruinados de Italia, y que se consagraban á servir al decadente imperio en lo que más necesitaba, que era sufrir, orar é inmolarse por él.

Y si nuestras modernas sociedades, envenenadas por los sofistas, enervadas y degradadas con malas costumbres, no han perecido aún, ¡ah! no nos hagamos

(1) En los diferentes sermones predicados por Bossuet y Fenelón en las ceremonias de tomas de hábitos, se ve reproducido este pensamiento bajo mil formas diferentes.

ilusiones, seguramente ni la gloria ni el genio, ni la fuerza, y ni aun el artificio han obrado este milagro, y si la oración ferviente de los corazones consagrados al amor divino, hechos por éste, y por el sacrificio y la abnegación, casi omnipotentes.

Me persuado á que la mayor parte de los que lean esta obra no la concluirán sin entrever, por lo menos, estas grandes verdades; pero dado caso que sean insensibles, no desespero, no obstante, de hacerles ver desde otros puntos de vista la grande importancia de las Ordenes claustradas. Conocerán lo que son esas impenetrables rejas de que tanto se murmura sin comprenderlas; impenetrables ciertamente para todos los ruidos, vanidades y pasiones terrenas, pero abiertas siempre para multitud de almas, puras unas, sanas y fuertes, que se sepultan tras ellas para ir siempre pisando las mundanas vanidades; tristes otras, turbadas, ó abatidas ó culpables, que vienen á buscar en un retiro de algunos días un poco de refrigerio, de luz y de paz. ¿Y quién dirá los consuelos que encuentran en estos asilos desconocidos y despreciados? ¡Cuántos arrepentimientos se conciben, cuántas vacilantes virtudes se reaniman, cuántas almas próximas á sucumbir se fortifican y cobran nuevo ánimo para volver á emprender la obra de su santificación! ¿Quién dirá, sobre todo, qué manantiales de paz y felicidad se preparan detrás de estas rejas para las familias y la sociedad por medio de esa feliz institución de los pensionados? De ellos salieron tantas mujeres eminentes, encanto del siglo XVII, y que, sostenidas con las grandes virtudes del sacerdocio y de las Ordenes religiosas regeneradas, hubiesen sido la salvación de la Francia, si el siglo XVII hubiese podido libertarse de la desgracia de engendrar al XVIII. La más brillante, la de más talento de todas las mujeres de esta época fué madama de Sevigné, nieta de la Santa Madre de Chantal. Su infancia se enlaza graciosamen-